

Se hallaban estos infelices tan flacos, cadavéricos y comidos de mosquitos, que los crueles indígenas se limitaron á hacerlos sus esclavos, «no pareciéndoles de provecho para comerlos». En esta situación Alvar Núñez, según cuenta él mismo, se vió obligado á asistir á algunos indios dolientes que reclamaban sus auxilios, tomando sus rezos y santiguadas por brujerías de gran poder, y el español les aplicó tales remedios. «Todo esto — dice Alvar Núñez con una candidez digna de su época — halló gracia delante del Señor para hacer, no sólo curas maravillosas, sino milagros ciertos, pues en una ocasión resucité á un indio».

El verdadero resultado de estas curas originales fué para Alvar Núñez y sus compañeros de infortunio el respeto y aprecio de los salvajes, que los miraron en adelante como seres superiores. Gracias á esto pudieron correr libremente la península de la Florida y tierras inmediatas, explorando sus ríos, llanuras y montañas, hasta venir á dar, de tribu en tribu, en San Miguel de Culhuacan, población situada en la costa del Pacífico. Su peregrinación entre salvajes había durado diez años. Después de esto Alvar Núñez podía alabarse de conocer como pocos el carácter y costumbres de los naturales de aquel país.

Volviendo á España, en 1588, solicitó acto continuo el Adelantamiento del Río de la Plata, alegando sus trabajos y penalidades, y lo ilustre de su cuna. Los hombres de aquella época tenían el alma forrada de triple lámina de bronce. Llegaba quebrantado por diez años de esclavitud y de vida salvaje en países jamás hollados por el blanco, y deseaba partir inmediatamente en busca de otras tierras vírgenes. El Emperador le hizo merced del cargo que solicitaba, con el título de Adelantado, obligándose Alvar Núñez en las capitulaciones con el monarca á continuar los descubrimientos y conquistas en los territorios del Río de la Plata. Hizo los preparativos del viaje, y el 2 de Noviembre de 1540 salió del puerto de Sanlúcar con cinco naos, en las que iban, sin contar la gente de mar, 700 españoles, muchos de ellos nobles caballeros é hidalgos, ansiosos de seguir las huellas de los que partieron con Mendoza, y cuya mala suerte no bastaba á apagar sus entusiasmos.

También Alvar Núñez experimentaba á distancia el deslumbramiento de la Sierra de la Plata. Antes de partir de la Península, convino con Vaca de Castro, comisionado del Perú, hacer todo lo necesario para que el Perú y el Río de la Plata se pusieran en comunicación. Soñaba con hacer expediciones al rico y misterioso país situado en el corazón del continente, apenas tomase posesión de su gobierno.

Al llegar la expedición á la isla de Santa Catalina, en Marzo de 1541, se enteró Alvar Núñez de que Buenos Aires había quedado despoblado y toda la vida colonial estaba concentrada en la Asunción, «lugar de mayor seguridad y más comida». ¿Á qué seguir hacia el Sud, dando un largo rodeo por los ríos, que consumiría varios meses? . . . El Adelantado determinó ir por tierra á la Asunción, y mandó que las naos con la gente de mar, las mujeres y la impedimenta, siguieran al Sud, y tomando la embocadura del Plata, remontasen éste hasta llegar á la mencionada ciudad.

Atravesar el enorme territorio de Curitibá, cubierto de selvas vírgenes desde el Atlántico al Paraguay, como diez y siete años antes lo había hecho Alejo García, era para el antiguo explorador de la Florida una empresa vulgar y corriente. En esta marcha extraordinaria, por países desconocidos, mostró Alvar Núñez su coraje y su pericia. Envió de avanzada á Dorantes, para que explorase una parte del camino, y siguió detrás de él, con el grueso de las fuerzas, teniendo que luchar «con la aspereza de la tierra, la anchura y braveza de los ríos y las enfermedades de la gente». Al llegar al Iguazú, las famosas cascadas y lo rápido de la corriente le opusieron un obstáculo insuperable; pero el Adelantado hizo llevar las canoas á brazos, por el interior de los bosques, una legua más allá, donde pudo efectuar el paso.

La escasez de provisiones obligó á la expedición á mantenerse con los productos de la selva, entre otros, unos gusanos que se encontraban en el interior de ciertas cañas. Tuvieron también que luchar con los animales feroces, pues más de una noche los tigres atacaron el campamento, con gran desorden de la gente, que veía interrumpido su descanso por los gritos de alarma y los arcabuzazos. En setenta jornadas se trasladó del Océano al Paraguay, sin sufrir una sola baja en 400 leguas de camino, expedición que, por lo rápida y feliz, pocas veces se repitió en los anales de la conquista. El 11 de Marzo de 1542 entró en la ciudad colonial, siendo recibido con grandes muestras de regocijo. Irala había enviado á su encuentro tres capitanes para que le besasen la mano en señal de obediencia.

Alvar Núñez nombró á Irala Maestre de Campo, haciendo aprecio de sus buenas condiciones y conocimiento del país, é inmediatamente se dedicó á preparar una expedición con destino á la Sierra de la Plata. Desde el primer momento, el enérgico Adelantado púsose en lucha abierta con ciertos individuos de la colonia que abusaban de los indios sumisos. También se enemistó con los oficiales reales encargados de percibir los tributos, que pretendían cobrar derechos hasta de las cosas más insignificantes.

El Adelantado envió á su sobrino Alonso Riquelme con 300 hombres á castigar á los indios rebeldes de la provincia de Ipané, y él, al frente de 400, «salió á correr tierra y á averiguar noticias de las minas». Llevaba toda esta gente en 4 bergantines, 6 barcas, 20 balsas y más de 200 canoas. Paraguay arriba buscaba Alvar Núñez una buena ruta para lanzarse á través del Chaco, caminando rectamente hacia las minas famosas. El río, poco frecuentado, con sus espesuras inexploradas, guarida de toda especie de animales, fué causa de graves dolencias y molestias para los expedicionarios (1).

Tomó posesión Alvar Núñez de varios territorios plantando cruces, en nombre del monarca de España, trató á varias tribus que habían sido aliadas de Alejo García, y se internó al fin hacia el Oeste, guiado por un indio chané que prometía llevarlo á la región de la plata. Pero las provisiones se consumieron y los oficiales reales que iban en la expedición crearon obstáculos con sus continuas demandas, hasta el punto de que Alvar Núñez, agotada la paciencia, resolvió volver á la ciudad.

(1) De todos los animales que molestaron á la expedición, los más temibles, según se lee en los *Comentarios*, de Alvar Núñez, fueron los murciélagos llamados «vampiros».

Cuenta el Adelantado, que los indios que criaban gallinas las encerraban de noche en sus chozas, «por miedo á los murciélagos, que les cortan las crestas, y cortadas, las gallinas se mueren luego».

«Estos murciélagos — añade — son una mala sabandija, y hay muchos por el río que son tamaños y mayores que tórtolas de esta tierra, y cortan tan dulcemente con los dientes, que al que muerden, no lo siente: y nunca muerden al hombre sino en las lumbres de los dedos de los pies ó de las manos, ó en el pico de la nariz, y el que una vez muerde, aunque haya otros muchos, no morde sino al que comenzó á morder; y éstos muerden de noche y no parescen de día. Teníamos que hacer en defenderles las orejas de los caballos, pues son muy amigos de morder en ellas, y en entrando un murciélago donde están los caballos, se desosiegan tanto, que despiertan á toda la gente que hay en la casa, y hasta que los matan ó echan de la caballeriza nunca se sosiegan.

»Y al gobernador (Alvar Núñez), le mordió un murciélago estando durmiendo en un bergantín; que tenía un pie descubierto, y le mordió en la lumbre de un dedo del pie, y toda la noche estaba corriendo sangre hasta la mañana, que recordó con el frío que sintió en la pierna, y la cama bañada en sangre, que creyó que le habían herido. Y buscando dónde tenía la herida, los que estaban en el bergantín se reían de ella, porque conocían y tenían experiencia de que era mordedura de murciélago, y el gobernador halló que le habían llevado una rebanada de la lumbre del dedo del pie. Estos murciélagos no muerden sino adonde hay vena, y éstos hicieron una mala obra, y fué que llevamos á la entrada (la expedición), seis cochinas preñadas para que con ellas hiciésemos casta, y cuando vinieron á parir, los cochinos que parieron, cuando fueron á tomar las tetas, no hallaron pezones, que se los habían comido todos los murciélagos, y por esta causa se murieron los cochinos, y nos comimos las puercas por no poder criar lo que pariesen.»

Los días de gobierno de Alvar Núñez en aquellas tierras estaban ya contados. Los oficiales reales, concitados por el revoltoso Felipe de Cáceres, se sublevaron contra Alvar Núñez, que estaba en cama, enfermo de unas fiebres adquiridas en la última expedición. El enérgico Adelantado, tomando sus armas, salió solo al encuentro de los rebeldes, pero al fin tuvo que rendirse y éstos le guardaron once meses en dura prisión. Sus partidarios intentaron reponerle con nuevas sublevaciones, pero éstas sólo sirvieron para llenar la cárcel de presos. Los conjurados nombraron gobernador á Irala, quien se excusó modestamente, con su característica habilidad, hasta que al fin acabó por aceptar.

Alvar Núñez fué enviado á España en una carabela, junto con algunos de sus partidarios y el proceso que le habían formado los enemigos. En representación de éstos, le acompañaban los oficiales reales Alonso Cabrera, veedor, y García Venegas, tesorero, para mantener la acusación. Al llegar á España, el Emperador, enterado de todo, mandó poner en libertad al Adelantado y en prisión á Cabrera y García Venegas. El uno enloqueció, y el otro murió en la cárcel. Alvar Núñez, después de largo proceso, quedó libre, con 2.000 ducados de pensión. Murió en Sevilla, sin querer regresar al Nuevo Mundo, figurando hasta sus últimos años en el Tribunal del Consulado de dicho puerto.

De este modo acabó el segundo Adelantado del Río de la Plata, hombre leal y animoso, cuyo único defecto fué no querer transigir con los abusos de los funcionarios reales. El buen trato que daba siempre á los indios, acreditó su generoso corazón. «Estos hombres — decía — para ser atraídos á ser cristianos y á la obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento. Este camino es el cierto, que otro no». ¡Ojalá hubiesen pensado lo mismo que Alvar Núñez todos los conquistadores! . . .

Al quedar Irala al frente del Gobierno, la ciudad de Asunción sufrió un largo período de desorden. Mientras él salía á correr la tierra, los diversos bandos en que se hallaba dividida la colonia, chocaban mortalmente en motines y revueltas. Hubo ejecuciones numerosas, y cuando un partido dominaba la ciudad, el otro tenía que fugarse á los bosques, viviendo con los indios. La existencia de los indígenas sometidos era muy dura, y el sistema de los repartimientos equivalía á una esclavitud. No eran los indios los únicos que sufrían con estos desórdenes. Muchos españoles, que por no pertenecer al bando de los revoltosos estaban olvidados, escribían al Rey quejándose de su triste situación y de la de los indígenas. Mientras tanto, la vida colonial seguía deslizándose monótona y rutinaria. Había abundancia de maíz, se cultivaba la caña de azúcar, y los españoles, con tortas, miel de caña, la caza de los bosques y las aves de corral, vivían satisfechos. El juego hacía estragos en aquella gente pependenciera, que vivía inactiva. Muchas veces se jugaban la propiedad de un criado indio á la luz de un candil que sostenía el mismo infeliz objeto de la apuesta. Irala, elevado al poder por esta gente reñidora y levantisca, procedía con cierta timidez, no atreviéndose á cercenar sus abusos, y repartiendo los bienes públicos con visible parcialidad. Pero cuando en 1555 le confirmó la corte de España en su cargo, procedió con gran energía á la mejora y moralización de la colonia.

Una expedición enviada por Irala á lo más remoto del río Paraguay, llegó al territorio de los indios chernas, buscando la famosa tribu de las mujeres guerreras ó Amazonas (1). Ul-

(1) Algunos historiadores de América, como el general Mitre, Prescott, etc., tienen por fábula y patraña la existencia de las Amazonas. Otros, como Humboldt y La Condamine, la consideran posible. El conquistador Hernando declaró luego de una expedición en 1545, ante un escribano de la Asunción, haber visitado un país de «mujeres flecheras». Según parece, se trataba de los indios del grupo Tupinamba, los actuales Uaupés, cuyas mujeres pelean en compañía de los hombres.

derico Schmidel, que iba en ella y tomó noticias de los indios sobre la existencia de las Amazonas, las describe así en su libro:

«Estas Amazonas son mujeres, y sólo tres ó cuatro veces al año las visitan sus maridos. Cuando alguna da á luz un hijo, si es varón se lo remite á su esposo, y si es hembra se la queda en su compañía. La madre, cuando lo cree oportuno, con un hierro candente le quema el pecho derecho para que no le crezca, mutilación que tiene por objeto el que no le estorbe para el fácil manejo del arco, pues estas mujeres forman un verdadero ejército que sostiene continuas luchas con sus enemigos, y habitan ellas solas en una isla».

Deseando los aventureros conquistar un rico botín en la misteriosa isla de las Amazonas, penetraron al través de los bosques vírgenes del Brasil y Bolivia. Fué ésta una de las expediciones más audaces de la conquista.

«Teníamos que andar — dice Schmidel — día y noche por un pantano, con agua hasta la cintura. Cuando queríamos encender fuego, colocábamos grandes leños, unos sobre otros, y encima encendíamos la lumbre, aconteciendo algunas veces que, tanto ésta como el puchero en que se estaba confeccionando



UNA CIUDAD DE SUD-AMÉRICA EN EL SIGLO XVI (De un grabado de la época).

nuestra comida, cayeran al agua y nos quedásemos sin comer. Además, los mosquitos no nos permitían momento de reposo ni de día ni de noche».

Treinta días duró esta marcha sobrehumana en busca del oro de las Amazonas, siempre caminando por selvas pantanosas, y al fin tuvieron que retroceder sin haber tropezado con la isla de las mujeres flecheras.

Irala, por su parte, había realizado el ensueño de llegar á las montañas de plata. Triunfó, al fin, del desierto, del inabordable Chaco, pero su victoria fué acompañada de cruel desencanto. En 1548 partió en busca de una senda que condujera rectamente al famoso país, optando esta vez por el derrotero que había seguido Ayolas. Los aventureros, ansiosos durante veinte años de alcanzar la Sierra de la Plata, habían explorado 600 leguas en la orilla derecha de los ríos Paraguay y Paraná, buscando puntos de salida para sus expediciones al Oeste, y fundando exiguos pueblos en estas riberas, casi todos desaparecidos después.

Irala avanzó por el país de los Mbayaes, se detuvo en un lugar donde fué construída luego la ciudad boliviana de Santa Cruz de la Sierra, y tras mucho caminar y no menos sufrir llegó al río Guapay, recibiendo allí la triste noticia de que Charcas, la tierra de las riquezas, estaba ya conquistada por los españoles de Pizarro desde nueve años antes, y que existía, fundada por ellos, una gran ciudad llamada La Plata ó Chuquisaca.

¡Haber padecido tanto durante veinte años, haber muerto en el Chaco tal cantidad de hombres valerosos, para llegar tarde! . . . ¡Acabaron, para siempre, las riquezas que habían dado su nombre al río de la Plata! ¡Se desvanecieron los tesoros espectrales que á tantos europeos entusiasmaron, haciéndoles remontar las aguas del Paraná! En adelante, los españoles, concentrados en el Paraguay «por estar más cerca de la entrada de la Sierra, con sus minas de metales preciosos», iban á reconocer que se hallaban en un callejón sin salida, aplastados contra el Chaco hostil, y con un movimiento salvador de retroceso habían de buscar nuevamente las puertas del Océano, avanzando corriente abajo para fundar primeramente á Santa Fe y luego á Buenos Aires.

El fracaso de la última expedición de Irala demostró lo aislados del resto del mundo que vivían los colonos de Asunción. Hasta las noticias de España las ignoraban. Nueve años antes se había completado la conquista del Perú, tanto el Bajo como el Alto, peleándose sus dominadores en sanguinarias guerras civiles. Todos en el mundo conocían estos sucesos; todos, menos los españoles del Paraguay, que, geográficamente, eran los vecinos más próximos.

Cuando Ayolas marchaba por el desierto en busca de la Sierra de la Plata, Almagro, de vuelta de su expedición á Chile, apoderábase del Cuzco. Cuando Irala fracasaba por las lluvias en su intento de atravesar el Chaco, Pizarro, enterado en Lima de las famosas riquezas de los Charcas, ordenaba la invasión y conquista de dicho territorio.

Irala debió quedar anonadado por la desilusión y sentir al mismo tiempo una justa envidia. La ansiada riqueza era para otros que la buscaron con menos esfuerzos. ¡Haber peleado personalmente trece años y algunos de sus compañeros veinte (1), en más de once expediciones; sufrir la sed, el hambre y las flechas envenenadas; dedicar toda una existencia á la difícil empresa para, en la hora del triunfo. . . , llegar tarde!

### III

#### LA ÉPOCA DE DON JUAN DE GARAY

Irala falleció en 1557, á los setenta años, después de veintidós de incesantes fatigas. Su conducta no fué claramente leal en las revueltas que acabaron con la autoridad de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; pero aparte de esto, procedió como un gobernante hábil y progresivo. Él reorganizó todos los servicios de la colonia, fundó las primeras escuelas del país é hizo que el Cabildo funcionase como un organismo de gobierno, sacándolo del dominio de los bandos. Fué el primer legislador platense, y su solicitud por los indígenas igualó á la de Alvar Núñez.

Muerto Irala, le sucedió en el gobierno su yerno Gonzalo de Mendoza; pero éste falleció al año siguiente, y entonces, por voto popular, fué elegido gobernador, capitán general y justicia mayor de los territorios de Río de la Plata, Francisco Ortiz de Vergara. Como éste pasó mucho tiempo en la ciudad de Charcas, desempeñó interinamente el gobierno de la Asunción Juan Ortega. Debía la corona ratificar desde España este nombramiento ó designar otro gobernador, y Don Juan Ortiz de Zárate, rico hacendado de Charcas, establecido en la naciente ciudad de Chuquisaca, de la cual eran suyas la mayor parte de las casas, solicitó el cargo de tercer Adelantado del Río de la Plata.

(1) Con Irala iban algunos de los antiguos compañeros de Gaboto.

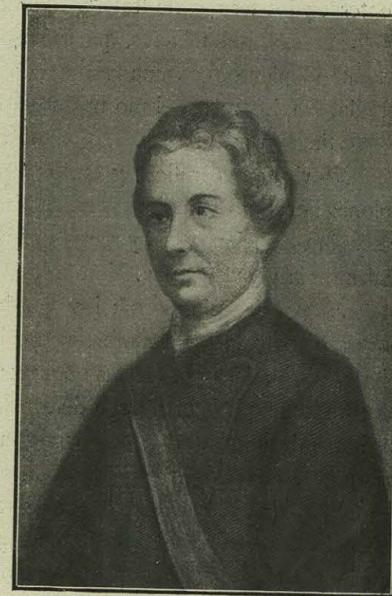
Entonces fué cuando apareció en las tierras de este gobierno el hombre más importante de la colonización platense, el ilustre Don Juan de Garay. La colonia, una vez desvanecido el fantasma de las riquezas del Noroeste, necesitaba retroceder, salir del aislamiento del Paraguay, esparcirse río abajo hacia las puertas del mar por donde había entrado, y esta empresa exigía un hombre, que fué Garay.

Hasta entonces el río de la Plata sólo había sido un camino para los navegantes y soldados que seguían tierra adentro en demanda de las minas. Sus riberas estaban tan inexploradas como en tiempo de Solís. Los indígenas, luego de destruída Buenos Aires, contemplaban impasibles desde la orilla las carabelas y bergantines, aves de paso que con sus blancas alas desplegadas, ó moviendo las innúmeras patas de sus remos, deslizábanse hacia el interior.

Después de cuarenta años de sangrientas exploraciones y de ciudades malogradas, el indio seguía dominando las riberas del extenso y bello estuario. Los navegantes llevaban en su retina intracerebral imágenes de montañas de plata, de poblaciones deslumbrantes, y no podían sentirse atraídos por las costas verdes y salvajes del Plata. Causaba en ellos cierta admiración el río caudaloso y magnífico, las innumerables islas del delta, jardines flotantes sobre los que revoloteaban bandas inmensas de aves de plumaje multicolor. Los ánades silvestres nadaban en los remansos claros y nítidos como espejos; el loro aleteaba en las espesuras; las bandas de monos saltaban de copa en copa, revolucionando con sus escándalos el frondoso ramaje; el papagayo cortaba el silencio con sus chillidos guturales; los antas, los venados y los cerdos monteses correteaban por la selva. En el espacio comprendido entre la desembocadura del Plata y la Asunción escalonábanse diversas vegetaciones, desde la templada hasta la tropical. Numerosas tribus «de distinta generación», sanas y robustas, vivían primitivamente en sus riberas, favorecidas por la dulzura del clima y la exuberancia de la tierra.

Gaboto y Mendoza no habían podido sostener en estos territorios las miserables aldeas fundadas por ellos, á causa de que las tales poblaciones sólo eran lugares de paso, etapas fortificadas en el camino de las minas del interior, que consideraban su verdadera ruta. No habían intentado una colonización firme y duradera en el Plata. Sus miras iban más allá, hacia el interior del continente. Garay fué el primero que deseó establecerse en las riberas del gran río, apreciando éstas por lo que eran y no como lugares de paso; procurando el fomento de la ganadería, la agricultura y el comercio; deseando, en una palabra, crear pueblos y no simples fortines que sólo podían servir de base á operaciones de guerra.

Garay fué un español americanizado. Salido de España cuando era casi un niño, para no



DON JUAN DE GARAY (1)

(1) Este retrato de Garay, el único que se conoce, resulta de una autenticidad dudosa. Su traje es distinto á los de la época, y su rostro no está de acuerdo con el tipo ideal que nos hacen imaginar las heroicas hazañas del fundador de Buenos Aires. Más bien parece el retrato de un jesuita colonizador de las Misiones.